

Pen and Exile

Poetry and Romanticism in the South

Pluma y exilio

Poesía y romanticismo en el sur



EMILIO ACOSTA DÍAZ

EMMA DEL PILAR ROJAS VERGARA

pp. 196-217

Revista Paideia 120 (2025),
ISSN: 3020-5433 // *Edición digital*

RESUMEN

El presente escrito es un acercamiento en perspectiva de razón poética zambrana, al poema «¿Por qué?» de Luis Felipe de la Rosa Santacruz. En una actitud investigativa y hermenéutica se busca comprender, el anhelo de trascendencia que subyace en su poema en donde la cotidianidad es un continuo accionar de la vida, en escenarios llenos de movimientos que se agitan entre la incertidumbre, el desencanto y el vivo anhelo de la vida; allí frustración y resiliencia caminan también de la mano en la búsqueda del sentido de todo cuanto existe. Una breve presentación del poeta y su poema permiten reconocer lo que significa pensar y poetizar, estar frente a la incertidumbre y el desencanto mientras se corre sediento en búsqueda de la verdad encarnada en la existencia humana.

Palabras clave: Anhelo, Desencanto, Incertidumbre, Razón poética, Romanticismo.

ABSTRACT

This writing is an approach, from the perspective of Zambranian poetic reason, to the poem «Why?» by Luis Felipe de la Rosa Santacruz. Using an investigative and hermeneutical approach, she seeks to understand the yearning for transcendence that underlies her poem, where everyday life is a continuous action of life, in settings filled with movements that fluctuate between uncertainty, disenchantment, and the intense yearning for life; there, frustration and resilience also walk hand in hand in the search for the meaning of all that exists. A brief presentation of the poet and his poem allows us to recognize what it means to think and poetize, to face uncertainty and disenchantment while thirsting in search of the truth embodied in human existence.

Keywords: Longing, Disenchantment, Uncertainty, Poetic Reason, Romanticism.

A tí que eres amor corro deprisa.
Luis Felipe De la Rosa Santacruz

Presentación

Una breve mirada al filo romántico del Sur Occidente de Colombia en perspectiva de razón poética zambranianiana conduce a revisar uno de los poemas de Luis Felipe de la Rosa, ¿Por qué?, con la conciencia clara que la razón poética es un nuevo método cognoscitivo que abraza todas las dimensiones del ser humano, especialmente las racionales e irracionales de la existencia; se trata de entrar en las profundidades de la realidad, en donde preguntarse, significa también contemplar a fin de penetrar la intimidad de las cosas en su fluidez y su heterogeneidad para trascenderlo todo.

1. Luis Felipe de Rosa

El poeta romántico del sur, Luis Felipe de la Rosa Santacruz, nace en la ciudad de San Juan de Pasto el 19 de septiembre de 1887, hijo de Herminia Santacruz Burbano y Leonidas de la Rosa Meneses, muere el 17 de enero de 1944; es considerado el poeta más grande de Pasto, Colombia. Fue fundador del periódico El Alfiler. De gran sentido crítico frente a la realidad social y religiosa de la época a partir de la que vive la experiencia de destierro y exilio. Fue un hombre sensible que siempre transparentaba sinceridad y espontaneidad en su expresión artística. Se destacó como poeta romántico por determinismo social, por educación y temperamento pues no sólo su literatura, sino también su dolorosa realidad de vida, con su incierto peregrinar, lo saturaron de romanticismo, en donde la razón y el sentimiento lo hicieron escudriñar el misterio humano buscando entenderlo desde su propia experiencia de despojo, exilio y desencanto, trasluciendo como una realidad siempre presente en su quehacer poético que dio los muchos frutos que conforman su obra.

Cuando se trata de sondear y aproximarse a las entrañas poéticas de las tierras del suroccidente de Colombia, vale acercarse al sentir poético de Luis Felipe de la Rosa Santacruz; sus versos ayudan a comprender mejor la idiosincrasia de un pueblo y su forma de vivir la vida especialmente en una determinada época de la

historia. Sus piezas poéticas llenas de acontecimientos y sostenidas en el tiempo dan fe de su contacto con el mundo que lo rodea; entre ellas: «Camino de la cruz», «Canción lejana», «El conjuro de Floria» y «Flor natural» que como muchos de sus poemas están impregnados de la fuerza del romanticismo de la época y se convierten en un cántico a la vida que avanza entre incertidumbres, desencantos y anhelos de extasiarse deseando un armonioso transcurrir vital en el tiempo.

2. Poema: ¿Por qué?

El escrito toma como referencia el poema «¿Por qué?», de Luis Felipe. En medio del dolor y el sufrimiento que lo asisten el poeta procura mantenerse en búsqueda, alentando siempre su pensar, sentir y actuar -razón poética- como una forma de interpelar y acudir a situaciones límites de la existencia a través de la pregunta, en una realidad de exilio que vivió en carne propia y que a pesar de la acogida en tierras extranjeras, le son extrañas y desconocidas; su anhelo y nostalgia de patria que quedaron atrás, son recuerdos del pasado que tocan las fibras más profundas de su ser, con ellos intenta atravesar las densas tinieblas y las sombras de la vida con la única aspiración de alcanzar el fundamento y la esencia de sus inquietudes y respuestas que brotan con frecuencia de su alma, siendo perturbadoras de la tranquilidad y el sosiego como lo registra el poema.

¿Por qué?

¿Señor, en donde estás, donde reposas,

que dejas que el dolor me abata tanto?

¿Te escondes en las gotas de mi llanto

o estás en las espigas de mis rosas?

Quemaron mis quimeras -mariposas-

en lámparas de amor todo su encanto;

desencantado ya, busco en ti cuanto

no me ha dado el amor ... Seres y cosas.

Fueron dejando un légamo doliente

sobre mi corazón... Y si en el lento

suplicio de mirar, seca mi fuente,
a ti que eres amor corro sediento.
¿Por qué, Señor, te ocultas tan cruelmente,
tienes acaso, algún remordimiento?
(*¿Por qué?*, p. 99)

Las siguientes poesías de autoría del poeta apoyan el artículo: «Implacable» (Pasto, 1935), «En la cárcel», «Horas de dolor» (Pasto, 1905), «Postal» (1907), «Soleidad», «La muerte del sol» (Consacá, 1910), todas ellas hacen parte de una compilación titulada *Rosas y espinas*, obra poética de Luis Felipe de la Rosa, realizada por Enrique Herrera Enríquez.

3. Pensar y poetizar en el poema «¿Por qué?»

Pensar y poetizar es una forma de comunicarse en el ámbito humano, a propósito de esa comunicación Zambrano (1986), dice que es como «[...] un agua que se infiltra en la solidez allá donde las tinieblas se hacen cimientos, muros de fundación» (Zambrano, 1986, p. 71); indicando a la vez que la razón poética es la que puede ayudar a entender la cercanía a las tinieblas y descifrar el sentido de las cosas en las profundidades del alma. A propósito de la poesía de Luis Felipe, es preciso recordar que tanto este poeta como Zambrano vivieron la experiencia de exilio en distintos momentos y ámbitos de la vida; que en su experiencia de exilio hace sentir el dolor de patria y la ruptura de los vínculos con la tierra y con todo lo que representa el lugar de nacimiento.

Es allí, en las profundidades de la existencia, al sobrepasar los límites naturales del entendimiento, cuando se entra a un mundo intocado, original; «más al llegar ahí se detiene y abandona al corazón que desciende bajando el abismo donde al no haber ya ninguna nota de luz toda referencia se pierde» (Zambrano, 1986, p. 71); allí, en la incertidumbre de las profundidades, se piensa o se sueña, se razona o se poetiza a fin de entender lo que acontece; quizá la poesía sea la única manera de entrar en ese mundo difícil de explicar con la sola razón, pues, se necesita unir sentimientos y razón, penetrar en conjunto en el secreto oscuro de un mundo mágico y misterioso en donde el esfuerzo tiene que ser integral para que no sea estéril e infructuoso a la hora de comprender la realidad que deviene. El poeta pregunta:

¿Por qué, Señor, te ocultas tan cruelmente,

Tienes acaso, algún remordimiento?

(*¿Por qué?*, p. 99)

La pregunta inicial es en sí misma desafiante y el poeta en su intento de encontrar al menos alguna respuesta se apresura a reforzarla para no quedarse en el vacío, sin encontrar eco alguno en la mente y en el corazón del interlocutor; es entonces cuando el poeta arremete y refuerza su pregunta abrigando una nueva esperanza, cargado de dudas frente a la imposibilidad de encontrar tan siquiera una respuesta en el territorio árido y perturbador que lo acompañan.

El poeta, de manera desencarnada e intrépida se atreve de forma riesgosa a sumergirse en las profundidades de su pensamiento, como lo dijera Zambrano (1987, «[...] atraviesa, si, la zona de los sentidos, más para llegar a sumergirse en el oscuro abismo que los sustenta» (p. 52); acompañado en su corazón adolorido y fatigado de la pasión y el delirio; dos realidades que embriagadas de dolor y nostalgia se mueven entre el oscuro mundo infernal que lo abruma y lo confunde todo, para luego emerger a orillas más apacibles en donde las formas aparecen y se convierten en oportunidades para comprender lo que allí en las profundidades acontece.

Es, entonces, cuando el ser plenamente identificado y tocado en su esencia misma, empieza a recrearse en la mente, el corazón del poeta y del pensador; allí mismo emerge con toda su fuerza una y otra vez, de la misma manera que brotan de las profundidades de su ser las preguntas y respuestas, en procura de ir más allá de sí mismo, asegurar razones elocuentes para ensanchar y sobrevolar los límites impuestos por la fantasía y la curiosidad.

Es ahora, en esa condición, cuando el poeta asume la realidad tal como se presenta, tal cual es, puesto que todo acontece como «[...] un acto de captación de lo presente, una captación en la que estoy dando cuenta de lo que está captado» (Zubiri, 1991, p. 23). Luis Felipe, en su ejercicio de interrogarse anticipa la respuesta:

¿Te escondes en las gotas de mi llanto

O estás en las espinas de mis rosas?

(*¿Por qué?*, p. 99).

El poeta se ha sumergido una vez más en las profundidades del entramado de

un mundo complejo que se resiste a mantener la armonía y la tranquilidad, pues en donde sobreabundan dolor y sufrimiento que dejan poco espacio para explicar y encontrar respuestas a todo cuanto acontece en su ser y en su estado natural de exilio; de la mano de la razón poética como estrategia de pensamiento, resultará más fácil transitar por caminos entrelazados de razones y sentimientos expuestos en la insistencia de sus preguntas, con el anhelo de comprender lo que significa pensar, sentir y vivir en unas condiciones históricas y para una época con espíritu romántico.

La razón poética zambraniana es un ejercicio filosófico que puede reconocerse desde sus primeros escritos; según García & Giraldo (2015), ella se describe esencialmente como «[...] una razón de amor, cargada de misericordia y unidad, en virtud de la cual es posible pensar al hombre contemporáneo como ser integral, moviéndose en contextos en los que es factible la reconciliación entre las razones positivista y poética» (p. 204); en la visión romántica de la vida y del mundo que rodea a Luis Felipe, el ser humano es un doliente que interroga siempre a pesar de no obtener respuestas satisfactorias o insatisfactorias, esta realidad cruel, lo pone en el mundo solo y desconcertado cavilando en torno al enigma complejo de la vida y todo cuanto en ella acontece.

Su preguntar constante, lo sitúa en un universo incierto, repleto de inquietudes, memorias, recuerdos y nostalgias de lo que pudo ser en otras circunstancias y no lo fue; el lirismo romántico que lo embarga lo aproxima a cantarle al amor, él encuentra en la poesía la fuerza que anima su vida doliente y en sus preguntas siente tensar el hilo frágil de la esperanza como una fuerza que lo sostiene en su travesía mientras camina por laberintos oscuros de nostalgia y desdén al punto de decir de manera desencarnada y abierta:

Que me importa, si mi cruz es la tristeza

Y mi vida un rosario de dolores...

(*Implacable*, p. 94)

Ahora, el sentimiento de herida que toca las profundidades de sus entrañas, parece sumergirse en los anales de la historia, mientras su sentir y actuar queda registrado en la memoria humana sintiendo que muchas veces allí después de fraguarse en los calderos de la pasión aún pueden convertirse en amor o en olvido como una realidad que amerita atención, continuidad y perseverancia.

Como diría Ortega y Gasset (1963), «cuando se ama, el amor no es una serie de puntos discontinuos que se producen en nosotros, sino una corriente continua en que, sin interrupción, actúa el sentimiento» (p. 462); de allí que, el amor como experiencia humana profunda se una a la razón y al sentimiento procurando sumergirse de manera sutil, atravesando los laberintos estrechos del alma.

Esto quiere decir que nos encontramos en la esencia de la vida y que se requiere el espacio para que la razón poética que no es fría ni impositiva logre explicar los acontecimientos y la realidad procurando un nuevo sentido en el camino de la luz y las sombras con la esperanza de que algún día se devele la realidad sin miedo y en su totalidad; en este orden de ideas es la razón poética la encargada de ayudar a comprender todo lo que está oculto, escudriñando en sus entrañas «[...] el sentido de la vida, donde está y donde no está, o donde no está todavía» (Zambrano, 1989, p. 130).

A través de la poesía, el poeta penetra en ese «logos sumergido», allí donde se intenta calmar la fuerza de la nostalgia o del dolor, del rompimiento de las relaciones y las raíces que lo generan, allí, en las profundidades parece recobrase el sentido de todas las cosas, pues de las cenizas y los abrojos brota nuevamente el sentido de la vida y todo cuanto emerge junto a ella, parece levantarse victorioso el ser recordando que la existencia y la presencia del amor dinamizan y animan a los que viven y aman. No obstante, la incertidumbre, el desencanto y el anhelo de vivir parecen debilitarse a pesar de la persistencia de la fuerza esperanzadora que emerge desde dentro en un nuevo amanecer de patria y de mundo que ha visto nacer al poeta y forjar una existencia particular.

4. Ante la incertidumbre y el desencanto

La incertidumbre es una realidad siempre presente en la existencia que acompaña a los seres humanos de todos los tiempos, de todas las condiciones culturales y sociales, toca con todas las dimensiones del ser que está en búsqueda de realización, verdad, y certeza moral o espiritual; el poeta siente que esta realidad está cerca de él al punto de ser parte de su experiencia.

¿Seguiré con mi diosa incertidumbre

O adoraré más bien mi fatalismo?

(*En la cárcel*, p. 32)

Esta realidad sospechosa, llena de incertidumbre y desencanto también acompaña a la humanidad en todos sus quehaceres cotidianos, se sumerge en todo tipo de acciones, búsquedas científicas, artísticas y literarias; también toca, por supuesto, los terrenos fértiles de la poesía, la música y la creatividad en el anhelo de conquistar la certeza y la transparencia de las cosas; pues, hacerse cargo de la vida conlleva ponerse, todos los días, al frente de la incertidumbre y el desencanto y preguntarse una vez más por el sentido de trascendencia:

¿Señor, en donde estás, donde reposas,

que dejas que el dolor me abata tanto?

¿Te escondes en las gotas de mi llanto

o estás en las espinas de mis rosas?»

(*¿Por qué?*, p. 99)

Ahora, que la libertad parece más elocuente, se está ante preguntas de carácter existencial que conducen a interrogarse de fondo sobre la trascendencia y por supuesto, también por el alma en cuyas profundidades, solo es posible estar, cuando se deja libre al espíritu y al pensamiento para que tengan la posibilidad de recrearse sin límites, allá en el fondo del misterio, en procura de entender las realidades extremas, deteniéndose en sus escondites para cavilar, una vez más, sin demora en tierras fértiles de espiritualidad, filosofía, conjetura, horizonte de creencias o simplemente abandonarse en las simas del laberinto oscuro de las especulaciones; la razón poética, en estos casos, se convierte en el método o estrategia experiencial de vida que de recoger o rastrear sin restricciones la fuerza misteriosa de espíritus intrépidos que se mueven en aguas profundas y turbulentas en medio de la incertidumbre como fuerza capital.

En ese sentido, no existe duda, que pensar y poetizar sean realidades que conducen a la esencia misma del alma que, según Zubiri (1985), consiste en «[...] la potencialidad interna para la existencia de la cosa, al paso que la existencia sería la actualidad de aquella potencialidad» (p. 9); por lo que, ese tipo de búsqueda intensa y apresurada se convierte en preocupación y búsqueda de las causas primeras, que conducen al origen y el fundamento de las cosas en el aquí y el ahora de la existencia. Es allí, en las situaciones límite en donde se da la posibilidad de pensar, por cuanto «el hombre puede pensar en cuanto tiene la posibilidad para ello»

(Heidegger (2005)p. 15), y esta posibilidad, en todo caso, es la muestra fehaciente de la dinámica de la vida.

Por lo tanto, binomio razón y poesía, serán siempre estrategias oportunas para sondear, penetrar y desentrañar las presencias y ausencias que arropan la vida, a fin de que esta se encuentre cara a cara, con la no existencia y la nada, en el lugar donde se recrean juntas y se funden en las playas gélidas de la existencia.

Entonces, pensar y poetizar resulta ser un arte misterioso capaz de escudriñar y encontrar el sentido a las causas primeras y el origen de la existencia en sus múltiples manifestaciones, todo esto con la esperanza de encontrar algún sentido o vestigio, que dé respuesta satisfactoria a la multiplicidad y complejidad de preguntas que emergen de los recintos ocultos residentes en la complejidad de la mente humana, allí en donde habitan las noches oscuras e inciertas del alma.

Para el poeta, no es extraña la cascada de interrogantes que sobrevienen en su inspiración, todos ellos, espontáneos y libres, sin métrica y al azar: ¿en dónde está Dios? ¿cuál es su morada?, o simplemente, el detenerse en el porqué del desinterés e indiferencia de su Señor, cuando su obra, la más querida y especial, está desmoronándose por dentro de dolor y de sufrimiento, inundada de llanto o herida por las espinas de las rosas, agonizando en medio de tanta ternura, delicadeza y belleza de todo lo creado.

Al calor y el aroma de la poesía, es posible sentir que la vida en su vastedad se vuelva incierta y trágica, así se apresure a estar en brazos de la belleza y el amor; no es fácil retener la atención ni escuchar las súplicas del alma doliente sumergida en las noches oscuras en donde solo hay silencios prolongados sin respuestas.

No oye el viento la súplica que imploro,

Ni la plegaria el ángel de mi amor»

(*Horas de dolor*, p. 9)

Se rompen los paradigmas de la bondad y de la belleza tornándose grises y fan-
gosos como el «légamo doliente» en donde no es posible calmar la sed. Entonces, dolor y sufrimiento, que hacen parte del camino de la vida, una y otra vez están allí, presentes como una fuerza incontenible que abate el alma. «El poeta ha *sentido* y ha *vivido*, dolorosa y profundamente, la verdad de sus cantos» (Rodríguez, 1947, p. 166), su experiencia de exilio acentúa cada vez más su inspiración, «atrás [...]

quedaban juventud y ensueños; horas alegres y alboradas rosas: llanos, jardines, cármenes risueños, donde ensayaron los primeros sueños, en vuelos de emoción, sus mariposas» (Rodríguez, 1947, 169); por eso, no hay duda, que poesía y poeta presos de una contradicción radical que toca las fibras del alma, se mueva entre preguntas almidonadas de razón y ley, mientras a la vez se embriagan en la intrepidez de la pasión; al respecto Zambrano (2006), afirma: «y lo más irrenunciable para la poseía es el dolor y el sentimiento; por eso la poesía mantiene la memoria de nuestras desgracias» (p. 38), las detiene, convirtiéndolas en recuerdo al que es necesario acudir en tiempos de aguas mansas y tranquilas.

En Luis Felipe el dolor que abate tanto, conduce con lucidez a preguntarse por la trascendencia como a un punto al que se debe llegar:

¿Señor, en dónde estás. dónde reposas [...]?»

(*¿Por qué?*, p. 99)

Inquietudes tan nuevas y tan antiguas como la misma existencia humana, que en el corazón del salmista se expresan así: «¿hasta cuándo te esconderás, Yavhe? ¿arderás por siempre como fuego? (Sal 89, 47)»; estas y muchas otras interrogantes se hacen evidentes al recurrir a la validez de la promesa en medio de las tribulaciones y fatigas que vive el pueblo, ellas son parte de la cotidianidad y de la incertidumbre que supone el riesgo de vivir.

Sin espera, las preguntas continúan fluyendo por doquier aunque no siempre encuentran respuestas inmediatas y certeras; el poeta, una vez más se acerca a algunas que de manera suspicaz y con maestría reformula, incluso para inquietar o desafiar al interlocutor que continúa merodeando en el lugar, no se sabe si dentro o fuera, mudo y silencioso:

¿Te escondes en las gotas de mi llanto

O estás en las espinas de mis rosas?»

(*¿Por qué?*, p. 99)

Embriagado y abatido, en un éxtasis de confusión, sin respuestas y sin esperanza, en medio del dolor, el poeta procura mantenerse erguido y firme en sus preguntas que se extienden de manera indefinida por los laberintos del tiempo; procura guardar la compostura, está despierto y conectado, sensible con lo que pasa dentro y con lo que pasa fuera en el cosmos en el que habita.

En ese mundo complejo de fuera y de dentro, en donde acontece la vida con sabor a exilio, se siente como transeúnte, ese mundo que lo acoge desafortunadamente no es el suyo, a pesar de ser acogedor y grato y a pesar de obtener buenas cosechas; sin embargo, no deja de serle extraño, así sea terreno fértil para los triunfos y las glorias; él sabe que las respuestas a pesar de mezclarse con el entramado sutil de la incertidumbre lo sumergen en el mundo del sinsabor cargado de sufrimiento y dolor, por eso reclama una vez más en su desencanto:

Tú conoces lo cruel de mi herida

Y conoces mi pena secreta...

Llevo en mi alma del dolor la saeta

Que me hace odiosa y eterna la vida.

(*Postal*, p. 23).

De allí que contemplar la vida bajo el prisma de la mirada sombría y delicada se hace cada vez más tortuoso, pues hay que dejar que fluya de manera natural el reclamo y el desencanto: ¿en dónde te escondes? ¿dónde reposas?; saberlo quizá podría atenuar en algo la fatiga irrenunciable de buscar a tientas en el entramado de la existencia.

Por lo que, la búsqueda incansable de una verdad que no se encuentra, que se vuelve escurridiza en los acantilados del tiempo, pone en desventaja, quema las ilusiones dejando cenizas e incrementando vacíos; a pesar de todo la luz no se apaga, la búsqueda no termina ni se extingue, continúa, dejando latente la posibilidad de dar el salto al vacío como un riesgo que conduce más allá de sí mismo, al punto de sobrepasar las condiciones frágiles del amor humano:

Quemaron mis quimeras -mariposas-

En lámparas de amor todo su encanto;

Desencantado ya, busco en ti cuanto

No me ha dado el amor... Seres y cosas»

(*¿Por qué?*, p. 99).

Lo que significa, que vivir, entonces, será siempre moverse en medio de utopías y espejismos, que teniendo el carácter de ilusiones pasajeras -mariposas- están

en el sendero de la búsqueda de la verdad que, según Heidegger (2005), consiste en la «[...] desocultación de lo que se oculta» (p. 24), por ello sobrevivir allí en donde abunda la incertidumbre y prolifera el desencanto como la pérdida de la ilusión primera, signifique ir más allá de los seres y las cosas para descubrir el lugar donde nacen las utopías, emergen las motivaciones profundas y se enciende el fuego luminoso de la vida con semillas de amor y eternidad.

Entrar en la experiencia de desencanto sumerge al ser humano en dos realidades existenciales de una parte el abandono y de otra el insaciable deseo de escudriñar los escondrijos del misterio. El abandono quizá sea una de las experiencias frecuentes que se enraízan en el corazón humano y sumerge en un estado de quietud y de tragedia marcada por la derrota y el sinsentido de todo cuanto se hace:

Se va acercando presuroso el día

En que debo partir, partir de nuevo

Y no saber Señor si en la lejanía

Habrá reposo a la quietud que llevo»

(*Soledad*, p. 30)

Escudriñar los misterios y buscar de manera persistente es el otro camino de la mente humana frente a la robustez del misterio que lo oculta todo; escudriñar de manera insaciable y persistente conlleva a indagar sin tregua hasta las últimas consecuencias, en donde se ofrenda todo hasta el sacrificio por satisfacer la pasión de buscar.

El ejercicio de búsqueda es una realidad que indica cómo el ser humano asume la condición de búsqueda y se siente destinado a caminar, en medio de la debilidad y la fragilidad por caminos escabrosos en donde se sortea de paso las incertezas y seguridades de la vida arropadas con la fuerza del amor:

Desencantado ya, busco en ti cuanto

No me ha dado el amor...

(¿Por qué?, p. 99)

Sin embargo amar significa encanto y desencanto, pero aquí, ¿De qué amor se trata?, quizá del amor efímero y pasajero, del débil y frágil, amor que puede ofrecer el ser humano en sus tribulaciones y dolencias; no obstante, los jirones del amor

superior y perfecto que aparecen y se mezclan con el frágil amor humano encantado por rastrear los vestigios de la libertad, una libertad que promete seguridades y certezas al borde de la tragedia de la búsqueda de un último fin humano, el de la felicidad, que en muchas ocasiones no aparece por ninguna parte o simplemente desencantado por los vacíos tortuosos de la existencia.

Buscar la felicidad con espíritu de trascendencia significa sobrevolar los pantanos hasta elevarse y encontrar las fuentes eternas de la trascendencia, que desafortunadamente se esconden o se diluyen más allá de los «seres» y las «cosas», mimetizándose entre oscuridades y sombras en la vastedad de la existencia; vale ahora, preguntarse: ¿en dónde está la verdadera esencia de la vida? ¿en buscar o en dejarse encontrar?; dejarse encontrar requiere pacificar y contemplar, disponerse para acoger, para que el Espíritu inunde el espíritu humano, sin empeñar la vida en buscar.

La cuestión de esta realidad enigmática de la experiencia es que Dios ama primero y de manera constante, así lo advierte De Unamuno (1912): «nuestra felicidad, es decir, nuestra libertad, consiste en el constante y eterno amor de Dios a los hombres» (p.100); el poeta, en medio de sus dolencias, no se resigna a aceptar el silencio como respuesta, sigue buscando que su interlocutor hable, no reposa su cabeza en la inmanencia con el propósito de sentir de cerca la fuerza y presencia de la trascendencia, de una parte.

De otro lado, se resiste a la dictadura de la satisfacción, se siente insatisfecho en el alma e inquieto en su búsqueda en lo más profundo de su ser; él ha probado la incertidumbre y el desencanto, dos realidades contundentes que lo han acompañado siempre pero que no le han podido arrebatar la conciencia de su Otro, por esa razón con seguridad sabe que podrá acudir en cualquier momento a la fuente del amor, porque sabe que este se antepone a sus inquietudes y preocupaciones:

A ti que eres amor corro sediento [para buscar]

cuanto no me ha dado el amor

(*¿Por qué?*, p. 99)

Es necesario ir más allá de un amor que por ser humano alberga incompletitud, fragilidad y limitación porque aún se mueve entre «seres» y «cosas»; este amor distante es perfecto y eterno, es un amor fortalecido por la fuerza del Espíritu que requiere contemplación y entrega.

El amor humano, despojado, inerme y vacío sucumbe ante la tiranía del desencanto, el fracaso y la desilusión que en su irónico triunfo han descuidado en su prisión, la entrada de la luz tenue del verdadero y eterno amor, el que es capaz de revitalizar la vida y abrirle un abanico de posibilidades que incrementan el torrente de la vida, afianzan la confianza e incrementa la confianza para jamás se pierda o esconda

[...]en las gotas de mi llanto

O [...] en las espinas de mis rosas.

(*¿Por qué?*, p. 99).

La vida, una y otra vez reclama con todas sus fuerzas lucidez y transparencia para abrir puertas a la trascendencia, por esta y muchas otras razones existenciales no es extraño buscar la verdad y «la lucidez que hace más valiosa, más dolorosa, la fidelidad a las fuerzas divinas – divinas o demoníacas- extrahumanas que le poseen, que hacen más heroico su vivir errabundo y desgarrado» (Zambrano, 2006, p. 43). Transparencia como encuentro abierto y gesto de disponibilidad madura, que como insumo contendrá el diálogo pacífico, sereno y quizá depurado de interrogantes en escenarios repletos de incertidumbres, asfixias, fragilidades y debilidades humanas.

Ahora, el dolor, el sufrimiento y la soledad se mezclan de algún modo con un mundo de oscuridad y tinieblas en donde Dios parece estar ausente y en donde la existencia del ser también viene absorbida por el vacío y el sin sentido de la vida, encargados de arrasar sagazmente las ilusiones y trastocar la fuerza invencible de los sueños e ilusiones humanas; en esa hora es preciso preguntarse de nuevo de la misma forma como lo hace el poeta: ¿dónde está Dios? ¿por qué se oculta tanto y se vuelve invisible que no se lo encuentra? ¿se oculta en la tristeza o en el sufrimiento humano? ¿cuál es el lugar donde se deja encontrar?

Total el movimiento de la vida en su conformación, siempre tendrá su radio de acción entre incertidumbres y desconciertos con el riesgo de experimentar tiempos de fatiga y desencanto por lo que no será extraño que en el corazón humano se sienta el deseo del agua fresca que brota de las fuentes del verdadero amor sin echar de menos la cercanía y aridez del desierto connatural a la existencia humana cuyo efecto genera acciones transformadoras de nuevas existencias y contextos vitales.

5. Anhelos que mueven a correr sediento

Desde una mirada trascendente la vida no termina allí, en un ciego encerramiento o en la muerte; siempre hay un horizonte que se abre: «en verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24), en esta dinámica, vida y ser tienen la posibilidad de recrearse, engendrarse en sus múltiples metamorfosis a las que se expone en el espacio y el tiempo. En el corazón del poeta un aliento resiliente estimula el fuego y abre la salida de los sinsentidos y oscuridades trágicas permeadas por el dolor y el sufrimiento:

Y si en el lento suplicio de mirar, seca mi fuente»

(*¿Por qué?*, p. 99).

Una vez más, si esto ocurre, sin demora hay que buscar el amor primero, recurrir a las fuentes primeras allí donde reside intacto el primer amor, aun en medio de la agonía y la sequedad del alma, esta es una necesidad imperiosa que lleva a exclamar al poeta:

Fueron dejando un légamo doliente

Sobre mi corazón... Y si en el lento

Suplicio de mirar, seca mi fuente,

A ti que eres amor corro sediento.

¿Por qué, Señor, te ocultas tan cruelmente,

Tienes acaso, algún remordimiento?

(*¿Por qué?*, p. 99).

Para entrar en la fuente primera es necesario volver la mirada confiada a la vida, con el anhelo permanente que convoca al encuentro que exige: «[...] una revitalización de la vida contemplativa» (Han, 2015, p. 11), ya que la experiencia de la contemplación es capaz de llenar de gozo, paz y serenidad a pesar del «lento suplicio de mirar», como ingrediente inicial que de alguna manera estimula la posibilidad de contemplar cómo se desvanece y evapora la vida dejando un «légamo doliente» que permea las profundidades existenciales del ser.

Esta realidad dolorosa y extenuante que acecha el corazón del poeta en su

romanticismo, solo puede ser comprendida y aliviada en la media en que éste se abandona de manera confiada en los brazos del amor, de ese amor que es un misterio, que se esconde a la natural mirada humana, que es intangible que está más allá de los seres y las cosas y que tiene, además, la versatilidad de hacerse encontradizo en la conciencia de sus criaturas preferidas o en la interioridad profunda del ser allí en donde es necesario detenerse y reflexionar con Zambrano (1986): «[...] vuelve a mirar y mírate a la par, si es que es posible»(p. 117), y donde se requiere además las fuerzas y la entereza para hacerlo, es decir, la capacidad para sobrevivir y dejarse buscar aunque sea en los vestigios del corazón apabullado y roto por la tragedia, la incertidumbre o el sin sabor dudoso de la esperanza.

Allí, en los terrenos de la asfixiante fatiga y el deseo de encontrar respuestas que satisfagan el interés por preguntar, escudriñando en los acantilados del misterio, es apenas natural interrogarse: «¿Por qué, Señor, te ocultas tan cruelmente?»; esa crueldad radical de silencio ante las preguntas sin respuestas, agobia y confunde, mucho más si hay ocultamiento e imposibilidad de mirar.

El incremento de las ausencias y silencios son dolorosos e ilimitados; la conciencia humana no los resiste, al punto experimentar sufrimiento moral mientras se pone al borde y punto de tocar la frontera huidiza de la desesperanza, las orillas escabrosas y desérticas de la indiferencia, los que apresura en el tránsito inevitable de los atajos del desencanto, en donde es posible sentir una y otra vez el agri dulce de no haber hecho lo que se esperaba en el encuentro; el poeta, urgido en su búsqueda, cierra ahora este fragmento de diálogo con una nueva pregunta como para no dejar resquicio alguno en el preguntar:

¿[...] Tienes acaso, algún remordimiento?

(*¿Por qué?*, p. 99)

El poeta, en su visión antropomórfica de la vida sabe que el remordimiento es un sentimiento de culpabilidad que intranquiliza al ser humano, lo mismo debe ser para Dios; es como una deuda no cumplida, un pesar interno que no deja mirar al interlocutor con serenidad, tampoco deja fluir el encuentro y el diálogo sereno.

En este ambiente de silencios y de intranquilidad abierta, el poeta reconoce una vez más, la hondura de la tragedia y recurre a la fuente primera que da la vida confiado en que esto es lo que podrá calmar su sed y tranquilizar su alma arrancando la espina dolorosa y el lento suplicio que lo atormenta; en la derrota y

en el reconocimiento de la misma, está convencido que la verdad está más allá del yo existencial, bien podría decirse como la mujer samaritana al reconocer que el pozo de las tradiciones, a pesar de las seguridades que ofrece, no es suficiente para calmar la sed; pues, ahora y después del encuentro, descubre que hay otra agua y al reconocerla como novedosa, no duda en pedirla: «Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla» (Jn 4, 15).

Cuando en el andar de la vida se descubre que hay algo más grande de lo que se tiene, lo que se espera es establecer allí una morada que asegure la permanencia y la serenidad para el alma; en ese espacio es posible permanecer en la medida que se entiende que «el amor no es sólo un sentimiento que desaparece tal como vino. Es un espacio en el que puede permanecer» (Grün, 2005, p. 40); la Samaritana, después de conocer, pide ahora de esa agua que calme la sed y que le permita no tener que venir a sacarla al lugar donde lo han hecho ella y los suyos durante muchos años.

No obstante es preciso recordar que en el «légamo», la vitalidad que emerge de la vida se evapora, se debilita el espíritu y solo quedan rezagos, de que alguna vez allí, había agua así sea estancada, que ahora ya no hay, que no está el agua allí, pues solo existe un barro pegajoso enfermizo y doliente de una vida que progresivamente se apaga:

... Y si en el lento

Suplicio de mirar, seca mi fuente

(*¿Por qué?*, p. 99)

Sin lugar a dudas, el poeta continúa a la derrota final, pues, una vez más aparece resiliente ante la negatividad y la tragedia de no poder mirar serenamente y continúa su búsqueda, aún en medio de la incertidumbre. Se resiste a declinar ante su cometido, a pesar de sentir inmovilidad y privación del diálogo y la mirada serena porque «la vida es privada del ser y el ser, inmovilizado, yace sin vida y sin por ello ir a morir ni estar muriendo. Ya que para morir hay que estar vivo, y para el tránsito, viviente» (Zambrano, 1986, p. 57). Sin embargo, esta dura realidad de suplicio que ensordece el alma, tampoco será obstáculo insalvable para continuar la búsqueda.

Agobiado por el dolor y entendiendo que es «[...] ahora compañero de mis días, camarada de mis sueños» (Holderlin, 1997, p. 251), Luis Felipe experimenta y

con elocuencia lo manifiesta:

Silencio por doquier. Más en la ruina,
Atroz que me dejó flagelo
Me consuela una pobre golondrina
Que veo cruzar desesperada el cielo
(*Soledad*, p. 30).

Es el sufrimiento el que lo acompaña en la travesía de la vida hasta alcanzar los límites rocosos del desencanto, arrojado ya en medio de las playas de la desesperación y en la ruina atroz, no se da por vencido; vuelve una vez más la mirada confiada en la vida retomando nuevas fuerzas para sobrevolar la tragedia y romper sus cadenas y su silencio con la fuerza e intensidad que da la luz de la esperanza; rayos penetrantes rompen la textura irrompible de la noche oscura del alma.

Sobre el manto de la noche
Van surgiendo las estrellas,
Las estrellas siempre dulces,
Siempre hermosas, siempre bellas ...
(*La muerte del sol*, p. 31)

Después de todo, allí, en el fondo de las tinieblas, la fugacidad de la luz se hace presente para levantar la vida sumergida en el desencanto y la tragedia.

A pesar de la intensidad de la noche y la oscuridad intensa, nada queda oculto, todo se transparenta con la nueva luz y adquiere nuevo sentido; todo cambia incluso ese dolor real y físico que atormenta a Luis Felipe; con sus piernas amputadas, piensa que la vida le abre nuevos horizontes, así lo refiere Castro (2003):

El dolor antes que deprimirlo lo fortalece. Levanta las manos ante el Cristo que preside su alcoba y le dice: «¡Señor y Dios mío! Tú vas podando mi cuerpo para que fructifique abundante cosecha espiritual para la vida eterna, bendito seas! Me has quitado los pies, que talvez me acercaban al precipicio, pero me dejas el raciocinio para comprenderte, el corazón» (p. 6).

El poeta, de todas formas, se resiste a morir inmovilizado en el silencio, privado del ser, por eso continúa en su empeño con fuerza y esperanza:

A ti que eres amor corro sediento

(*¿Por qué?*, p. 99).

Quizá preguntándose al igual que Pedro en sus mayores encrucijadas: «Señor ¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna» (Jn 6, 68). Su búsqueda no es suficiente, no agota sus aspiraciones y anhelos por lo que sigue interrogando sin parar:

¿[...] en dónde estás, dónde reposas?

(*¿Por qué?*, p. 99).

Pues, justamente allí, donde habite el ser, allí es en donde es posible experimentar el encuentro con el amor, allí residen vestigios de un amor que así parezca en extinción, calma sustancialmente la sed del alma, resuelve la preocupación por la vida y pone en conexión con los otros teniendo siempre un referente de llegada o un norte que asegure el ponerse en camino.

Al respecto, Zambrano (1986), dice que «el ser sin referencia alguna a su centro yace, absoluto en cuanto apartado; separado, solitario. Sin nombre. Ignorante, inaccesible. Peor que un algo, despojo de un alguien»(p. 57); por eso, es entendible el diálogo entre Dios y Moisés: «[...] cuando me pregunten: ¿cuál es tu nombre?, ¿qué les responderé?. Dijo Dios a Moisés: «Yo soy el que soy» Y añadió: «así dirás a los Israelitas: Yo soy me ha enviado a vosotros»» (Ex 3, 13-14). A pesar de mantenerse oculto en el misterio, este Dios tiene la característica de develarse y se goza en la cercanía, es el mismo que acompaña en silencio, poniéndose al lado en el dolor y el sufrimiento; Él se dilata por doquier con muestras de misericordia, ensanchando el corazón cada vez que se deja encontrar en el corazón de sus criaturas.

Conclusión

«Pluma y exilio» parecen aquí ir siempre de la mano, agitar las aguas profundas en donde se anidan emociones y sentimientos para retrotraerlas al punto de convertirlas en delicados versos y cantos líricos con aroma a tiempo; a través de esos versos el poeta intenta sumergirse en las profundidades y fundir su espíritu con amalgama poética sin debilitar su habilidad de interpelar cada vez que puede

hacerlo, incentivando siempre la curiosidad en escenarios apropiados para el estar y el pensar en el dolor y las realidades límite que acompañan el talante humano.

Allí en las profundidades, cuando toda referencia se pierde, se poetiza y canta mientras se funden lingotes de pensamiento, encargados de explicitar de alguna manera los latidos fatigosos que emergen de las profundidades del alma; una vez extraídos de su escondite, estos, adquieren brillo y forma, convirtiéndose en fuentes iluminadoras que penetran el entramado de incógnitas y misterios que encierra la vida para entregar ahora frutos nuevos y frescos en el arte de pensar.

Incertidumbre, desencanto y anhelo fluyen ahora como tres realidades conexas, que ancladas desde el origen, hacen parte esencial de los estados de conciencia e inconsciencia humana; su movimiento deliberado e incondicional emerge una y otra vez como una fuerza incontrolable que se levanta desde dentro del ser y se enfrenta con la vida consciente ante el caos y la incertidumbre que merodean a su lado; quizá la mejor estrategia para acceder al camino del pensar, sea preguntar y preguntarse a fondo sin importar el tiempo o certeza de las respuestas.

Por lo que, pensar y poetizar quizá constituyan la mejor manera y ruta de la inteligencia humana de acceder y abrir senderos para transitar por caminos en donde el arte de escudriñar y pensar se revierten en acciones permeadas de razón y poesía, de allí que, tocar un filón de romanticismo en el sur a través del poeta Luis Felipe de la Rosa, en sus versos en torno a la pregunta «¿Por qué?», signifique escudriñar en las profundidades del alma, allí en donde el conector principal entre inmanencia y trascendencia será siempre la fuerza del amor, de un amor que siendo difícil de encontrar cara a cara, nunca dejará de atraer, por eso hay que correr hacia él.

Referencias bibliográficas

Biblia de Jerusalén. (s.f.). bibliacatolica.com. <https://www.bibliacatolica.com.br/>

Castro, J. (2003). Prólogo. En *Obra poética*. (E. Herrera Enríquez, Comp.) Pasto: Graficolor.

De Unamuno, M. (1912). *Del sentimiento trágico de la vida*. Salamanca: Sociedad Anónima Editorial.

Han, B. (2015). *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse* (P.

- Kuffer, Trad.). Barcelona: Herder Editorial, S. L.
- Heidegger, M. (2005). *¿Qué significa pensar?* (R. Gabás, Trad.). Madrid: Editorial Trotta, S.A.
- Herrera Enríquez, E. (Comp.). (2003). *Rosas y espinas. Obra poética de Luis Felipe de la Rosa* (13ª ed.). Pasto: Graficolor.
- Holderlin, F. (1997). *Empédocles*. (A. Ferrer, Trad.). Madrid: Ediciones Hiperión, S. L.
- García Restrepo, G. & Giraldo Zuluaga, C. (2015). De Ortega a Zambrano: Las huellas de un maestro. *Revista Lasallista de Investigación*, 12(1), pp. 203-210.
- Grün, A. (2005). *Habitar en la casa del amor*. (J. P. Tosaús Abadía, Trad.). Santander: Editorial Sal Terrae.
- Ortega y Gasset, J. (1963). *Obras completas*. Madrid: Ediciones Castilla, S.A.
- Rodríguez, I. (1947). *Estudios literarios*. Pasto: Imprenta del Departamento.
- Zambrano, M. (1986). *Claros del bosque*. Madrid: Editorial Seix Barral, S.A.
- Zambrano, M. (1987). *Orígenes*. México: Ediciones del Equilibrista, S.A.
- Zambrano, M. (1989). *Notas de un método*. Madrid: Mondadori España, S.A.
- Zambrano, M. (2006). *Filosofía y poesía*. México: Fondo de Cultura Económica. S.A.
- Zubiri, X. (1985). *Sobre la esencia*. Madrid: Alianza Editorial, S.A.
- Zubiri, X. (1991). *Inteligencia sentiente. Inteligencia y realidad*. Madrid: Alianza Editores S.A.